

MUJER Y FILOSOFÍA

Rafael Guardiola Irazo

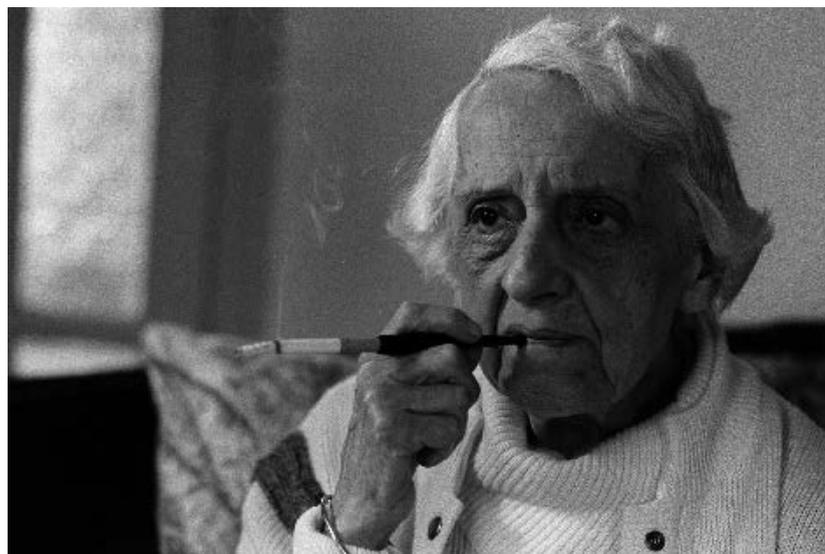
Filósofo. Secretario de la Asociación Andaluza de Filosofía (AAFi)

EL DUALISMO PATRIARCAL

Mujer y filosofía es un binomio problemático, un ansiado tesoro codiciado por muchos y tan inquietante como el contenido secular de la caja de Pandora, esa fuente femenina de los males de la humanidad que imaginaron los antiguos griegos con mentalidad patriarcal. Confío en el “velo protector” de la “razón poética” de María Zambrano, una de las ciudadanas ilustres de Vélez-Málaga, y por ende, del pensamiento filosófico español del siglo XX, para que me impida zozobrar en el empeño, y me permita arrojar algo de luz. Por si acaso, François Poulain de la Barre, filósofo cartesiano francés de fines del siglo XVII previene al lector: “Todo cuanto han escrito los hombres sobre las mujeres debe ser sospechoso, pues son a un tiempo juez y parte”.

Nos encontramos ante la crónica de un desencuentro. Un breve examen del discreto papel de las mujeres en las historias oficiales de la filosofía¹ nos hace temer lo peor: se trata de la historia de la “discriminación”, del olvido, en algunos casos, galante y bienintencionado, pero olvido, a fin de cuentas. Tampoco mejoran las cosas cuando revisamos lo que los filósofos han dicho sobre la mujer, una especie de entidad fantasmagórica condenada al ostracismo intelectual. Lamentablemente, este estado de cosas no difiere de la situación de la mujer en otras dimensiones de la vida cultural. Espero compensar este erial con una sumaria exposición de las conquistas del pensamiento feminista contemporáneo, en feliz conjunción con los frutos más granados de la ecología.

Es una obviedad decir que el peregrinaje de las mujeres por la historia de la filosofía se inicia, en occidente, con el propio nacimiento del amor a la sabiduría en la antigua Grecia, en el siglo VI a. C. Tenemos noticia de la labor de filósofas en las escuelas de Pitágoras, así como en las escuelas estoica y epicúrea de Grecia y Roma, posteriores, sin olvidar a la filósofa y científica más destacada de la antigüedad, la neoplatónica Hipatia de Alejandría (siglos IV-V), partidaria de la concepción heliocéntrica del cosmos y felizmente



La filósofa María Zambrano

resucitada gracias a notables argumentos cinematográficos y literarios relativamente recientes². Según ha puesto de manifiesto la investigación contemporánea³, las obras filosóficas de la antigüedad, como las citadas anteriormente, no fueron concebidas fundamentalmente como una expresión de sistemas, sino como meditaciones técnicas diseñadas con fines educativos concretos, de tal modo que el filósofo (la filósofa, en nuestro caso) tenía la pretensión de incidir en el espíritu de sus oyentes o lectores, buscando producir en ellos un estado de ánimo determinado, un cambio de perspectiva, de punto de vista, en la mayor parte de los casos. De esta manera, tras esta especie de gimnasia especulativa guiada por expertos en el arte de vivir, el receptor podría salir renovado, sentirse victorioso por mor del intelecto, a la par que consciente de su radical finitud, de la limitación existencial espacio-temporal que nos impone la muerte (algo que nos puede parecer un peso insostenible y absurdo, y amenazar, de paso, nuestra tranquilidad y llenarla de tormentas). Esto no tiene mucho que ver con la imagen que, de la filosofía, tiene gran parte del pensamiento que alimenta la cultura contemporánea —aunque la filosofía no forme ya parte de la “cultura general”—, como una mera refle-

1. Se pueden consultar, con provecho, en este sentido, el libro de Giulio de Martino y Marina Bruzzese, *Las filósofas (Las mujeres protagonistas en la historia del pensamiento)*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1996, así como los volúmenes editados por la profesora norteamericana Mary Ellen Waithe con el título *A History of Women Philosophers*, y publicados por Springer: (1987) *Volume I: Ancient Women Philosophers 600 B.C.-500 A.C.*; (1989) *Volume II: Medieval, Renaissance and Enlightenment Women Philosophers, 500-1600*; y (1991) *Volume III: Modern Women Philosophers, 1600-1900*.

2. Nos referimos, por ejemplo, a la película *Ágora* dirigida por Alejandro Amenábar (2009), o a la novela del sevillano Luis Manuel Ruiz, *Tormenta sobre Alejandría*, Madrid, Alfabeta, 2009.

3. Véase, por ejemplo, Hadot, Pierre, *¿Qué es la filosofía antigua?*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1998.



Los filósofos René Descartes y Francis Bacon

xión crítica, como arte de la reflexión y la argumentación que, en el mejor de los casos, es capaz de alumbrar una respuesta teórica sistemática y contundente a los problemas de la naturaleza de la realidad, del sujeto pensante y la existencia de Dios, sin olvidar dar cumplida cuenta de nuestra ancestral sed de justicia.

La filosofía cristiana medieval enarbó el estandarte de la teoría, del sistema y el concepto, y silenció las pretensiones paganas de la filosofía concebida como arte de vivir, de la filosofía "práctica", en favor del poder salvífico de la religión. Para mitigar el miedo a la muerte que nos impide gozar de nuestra existencia mortal, como lenitivo de la angustia, las grandes religiones monoteístas nos invitan a buscar la salvación a través de la "gracia" de Dios, de la fe en la acción personal de un ser exterior y superior a nosotros. Y para lograr la tan ansiada confianza, los fieles deben ser humildes, desterrar de sus mentes la arrogancia filosófica y la lucidez que alimenta el espíritu crítico, ese pírrico intento de lograr la salvación por uno mismo, recurriendo tan sólo a la denostada razón.

Por todo ello, no es de extrañar que la filosofía moderna posterior, hija de Bacon y Descartes siguiera la estela de la razón teórica, alejada del arte de vivir, instituyendo definitivamente el imperio del concepto, asentándose firmemente en las conciencias —muchas de ellas, secularizadas— gracias a una abigarrada galería de "dualismos": naturaleza y cultura; cuerpo y mente; pasión y razón; espíritu y materia; lo humano y lo animal; lo público y lo privado. Se había perpetrado así, impunemente, el llamado "error de Descartes", parafraseando a Antonio Damasio, al consagrar una serie de definiciones hegemónicas, orientadas hacia el varón, en la filosofía y la religión occidentales, conta-

giándose éstas, no pocas veces, de sentimientos tan destructivos como la nostalgia, la culpabilidad, el arrepentimiento y los remordimientos, clara herencia judeocristiana.

Aunque Platón defiende en *Las Leyes* que las mujeres han de ser educadas del mismo modo que los hombres, y el utilitarista John Stuart Mill, ya en 1869, ofreció al mundo un encendido discurso a favor de la igualdad entre los sexos en su libro *La servidumbre de la mujer*, inspirado tal vez por la fascinación que sentía hacia la feminista Harriet Taylor, lo cierto es que la mayor parte de los testimonios de los filósofos muestran desdén o abierta animadversión hacia el pensamiento que pudiera brotar de la mente femenina, como es notorio en autores como Schopenhauer o Nietzsche, en sintonía con la misoginia romántica. Aristóteles, Kant, Rousseau, Hegel y tantos otros, participan de un prejuicio epistemológico, santificado por el "error de Descartes", que se encuentra en la base de la opresión que han padecido y padecen las mujeres, según el pensamiento feminista clásico: hombres y mujeres tenemos una naturaleza diferente, de tal modo que mientras que es propio del hombre ser racional, en la mujer domina lo emocional (los hombres son "lógicos", y las mujeres, "intuitivas", como se dice vulgarmente), lo que nos llevaría a afirmar, de manera colateral, que las mujeres están peor dotadas para el propio pensamiento filosófico. La racionalidad, pretendidamente neutral y con aspiraciones de objetividad, aparece, sin ambages, como un concepto de género que, sólo de manera residual, se aplica a las mujeres. Por otra parte, los que así piensan, sostienen también que el conocimiento objetivo es siempre superior a la opinión subjetiva, la masculinidad a la femini-



La filósofa y escritora Mary Wollstonecraft

dad, la razón a la emoción, la mente al cuerpo, la cultura a la naturaleza, la materia al espíritu, lo humano a lo animal. Conviene recordar, en este punto, que la historia del pensamiento feminista nos suministra dos respuestas distintas al problema epistemológico de la racionalidad: la del “feminismo de la *igualdad*”, y la del “feminismo de la *diferencia*”.

La filósofa y escritora Mary Wollstonecraft (1759-1797), quien se atrevió a llevarle la contraria al mismísimo Rousseau en materia educativa, defendió con vehemencia la *igualdad* natural de hombres y mujeres, de tal modo que, según ella, si se educa correctamente a una mujer, puede llegar a ser tan racional como un hombre. Su obra *Vindicación de los derechos de la mujer*, publicada en 1792, es una defensa de la mujer como un ser racional, capaz de nutrirse de los beneficios de la educación y de cumplir plenamente los deberes políticos del ciudadano. El dualismo se disuelve en aras de la custodia compartida de la racionalidad por hombres y mujeres, en el marco del optimismo ilustrado y sus secuelas posteriores. No obstante, el feminismo más reciente ha encontrado otra fórmula para superar las consecuencias negativas del viejo dualismo epistemológico patriarcal: reconocer la *diferencia* natural existente entre hombres y mujeres, pero sobre la base del valor preeminente de las emociones. Las devaluadas “cualidades femeninas” tradicionales, relacionadas con lo particular y los sentimientos se alzan con la victoria frente a la masculina racionalidad. La riqueza emocional, en definitiva, se convierte en la clave de un mundo nuevo, menos

apegado a la obsesión por el universalismo de la igualdad y la justicia, y alejado de la búsqueda de la riqueza como fruto del consumo de las sociedades de masas impulsado por el capitalismo y el socialismo productivista. Resulta, entonces, que lo distintivo de la mujer, aquello que tradicionalmente ha sido despreciado en otros tiempos, puede ser revalorizado, como sucede con “la capacidad para el cuidado” de personas dependientes, tanto en la infancia como en la vejez, animales y el resto de la realidad natural, y la tendencia a “ofrecer amor y compasión de modo incondicional”⁴. Sea como fuere, conviene saber que, históricamente, la afirmación de la diferencia natural entre hombres y mujeres se ha empleado habitualmente más para justificar la opresión de la mujer y su exclusión del ámbito de lo político y lo público, que para resaltar la virtud de sus potencialidades y, me temo que se siga empleando para proclamar que la filosofía —como presunta reserva espiritual de la racionalidad instrumental— “es cosa de hombres”. Todavía queda mucho por andar para que se reconozca el carácter eminentemente político de “lo personal”, de la esfera privada del ámbito doméstico en el que pasan gran parte de su tiempo muchas mujeres, para la comprensión cabal de los placeres de la diferencia, así como para llegar a subrayar la vertiente práctica de la filosofía, con independencia de la servidumbre a la academia. Tal vez sea el momento de que razón y emoción se den definitivamente la mano, no desdeñen lo cotidiano, se favorezcan las relaciones interpersonales en la igualdad y el uso del tiempo libre de forma no alienada.

LA NATURALEZA: ¿MADRE O MADRASTRA?

“No se nace mujer, sino que se llega a serlo” o “El que el hijo sea la finalidad suprema de la mujer no es más que un eslogan publicitario”, son dos de las consignas de la filósofa y escritora francesa, feminista y existencialista, Simone de Beauvoir (1908-1986), que aparecen en *El segundo sexo*⁵, libro publicado en 1949 y pieza angular de la historia del feminismo. Fue la primera pensadora que exploró con detenimiento las consecuencias negativas de la asignación, por parte de las definiciones patriarcales, del sexo femenino al mundo natural, en contraposición al concepto de progreso de la civilización, refugio habitual de lo masculino. Haciendo uso del testimonio de la antropología y de la historia de las religiones del momento, Beauvoir analiza el significado de la identificación mítica de la mujer con la Naturaleza, con mayúsculas, fuente recurrente de inspiración en el Romanticismo y en movimientos vanguardistas, como el Surrealismo. Se observa en las culturas antiguas una interesante analogía entre la Tierra y “la Mujer como Madre”, en esos momentos en los que el hombre todavía no reconoce su papel en la reproducción de la especie y se atribuye a la mujer,

4. Nos ocuparemos de esta cuestión con cierto detalle, más adelante, al comentar la “Ética del Cuidado” (*Care Ethics*) de Carol Gilligan y sus versiones contemporáneas.

5. Hay traducción castellana en Madrid, Ediciones Cátedra, 2005.

totalmente, el fenómeno de la vida, en connivencia con lo divino, lo sagrado y lo misterioso. La sustitución de las religiones que rendían culto a las diosas madres por las religiones solares, darán lugar a la aparición de nuevas formas socio-políticas patriarcales: el varón logra el control sobre los ciclos vitales y descubrirá finalmente su valor reproductivo.

En la década de los setenta, la antropóloga norteamericana Sherry Ortner⁶ popularizó la hipótesis de que la posición subordinada de las mujeres en el sistema de sexo-género se había originado porque las mujeres habían ejercido funciones y tareas (procreación, crianza, preparación de alimentos, trabajos domésticos, fundamentalmente) que actuaban directamente sobre la Naturaleza, un elemento previamente devaluado, frente al dominio de la Cultura, desempeñando tareas de mediación entre la Naturaleza y la Cultura. En resumen, lo femenino se identifica con lo natural y la sexualidad reproductiva, y dicha identificación contribuye a la desvalorización de las mujeres, puesto que lo humano no es, para este pensamiento, la

vidas, y no muestra compasión alguna por los individuos particulares, a los que sacrifica sin piedad. Pero, afortunadamente, la historia no acaba aquí.

EL ECOFEMINISMO CRÍTICO

En los años 70 del pasado siglo se produjo un hecho singular: el feliz encuentro entre la ecología y el feminismo⁷. El profesor de la Universidad de Stanford, Paul Ehrlich, auguraba en *The Population Bomb* (1968), la muerte por inanición de millones de personas y la destrucción del medio ambiente en pocos años, si no se adoptaban medidas serias de control demográfico. Y en *Limits to Growth* (1972), un equipo de científicos del Instituto Tecnológico de Massachusetts publicó los resultados de un estudio encargado por el Club de Roma, planteando la necesidad de alcanzar un crecimiento cero, con el fin de evitar el agotamiento de los recursos naturales del planeta y que el ecosistema terrestre no pudiera absorber la contaminación producida por el ser humano. Ambas



Simone de Beauvoir y Sherry Ortner

conservación de la especie natural, sino la creación de un mundo nuevo a través del progreso tecnológico impulsado por el *homo faber*. Es más, desde el punto de vista político, la exaltación de la Naturaleza y sus ciclos regulares había sido uno de los goznes ideológicos de la exaltación de los vínculos de sangre y el enraizamiento en la tierra de los antepasados del nazismo y del pensamiento conservador, en general, lo que no era muy recomendable defender en aquellos momentos. Como se puede leer en filósofos del siglo XX como Georges Bataille o el divino Marqués de Sade, en pleno siglo XVIII, la Naturaleza abandona su papel divino de madre, para asumir el descrédito de una madrastra perversa que mata para generar otras

publicaciones movilizaron a destacadas figuras del pensamiento feminista y suscitaron la reflexión sobre la conexión entre el ecologismo y los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres. La pensadora libertaria François d'Eaubonne (1920-2005), amiga de Simone de Beauvoir acuñó acto seguido, en 1974, el término "Ecofeminismo", y consideró que la sociedad del momento, una sociedad de consumo "insostenible", era la forma contemporánea que adoptaba el deseo de poder patriarcal. Curiosamente, esta propuesta no recibió la acogida esperada por el feminismo francés y ha tenido que esperar para fraguar debidamente, aunque pocos se acuerden de su impulsora.

6. Ortner, Sherry, "¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?", en Harris, O. y Young, K., *Antropología y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1979, pp. 109-131.

7. En este apartado sigo, fundamentalmente, la línea argumental de Alicia H. Puleo, Profesora Titular de Filosofía Moral y Política de la Universidad de Valladolid, en su libro *Ecofeminismo para otro mundo posible*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2011.

El ecofeminismo crítico que defienden en la actualidad filósofas como Alicia H. Puleo, profesora de la Universidad de Valladolid, se siente orgulloso de sus fuentes, y pretende emplear elementos del pensamiento ilustrado para ir más allá de éste, redefiniendo los conceptos de "Naturaleza" y "ser humano", "a la luz de los conocimientos de la teoría de la evolución, la etología, la ecología y la crítica feminista a la subjetivación de género"⁸, con objeto de lograr la transformación de la cultura en los tiempos del cambio climático y avanzar hacia la consecución de la justicia social, ambiental y ecológica. Pues no hay que olvidar que la crisis ecológica, económica y de los estilos de vida impregna intensamente nuestro presente, y amenaza con tirar por tierra el modelo de equilibrio entre crecimiento, innovación tecnológica, relaciones ecológicas, creación de empleo y mecanismos de protección social. En definitiva, nos estamos jugando el modelo de "desarrollo sostenible", y la tecnociencia se muestra incapaz de frenar, con argumentos racionales, los fracasos políticos (como el que se cosechó en la cumbre

recogiendo silenciosamente los beneficios de la destrucción ambiental. Curiosamente, según las estadísticas, las mujeres son las primeras perjudicadas por la contaminación medioambiental (las sustancias tóxicas se fijan más en el organismo femenino)⁹ y las catástrofes naturales, y también las principales activistas dentro del movimiento ecologista mundial¹⁰.

Desde el punto de vista teórico, el ecofeminismo contemporáneo hace bandera de la crítica al androcentrismo pseudouniversalista, pensamiento muy extendido, que afirma que sólo el varón es creador histórico de valores y que la experiencia masculina es, como diría el sofista Protágoras, "la medida de todas las cosas". Las estructuras imaginarias de corte patriarcal han impulsado la demonización de mujeres (debido a su presunta sexualidad amenazante), indígenas y animales (meras máquinas insensibles, para los seguidores de la tradición cartesiana), gracias al despliegue siniestro de procedimientos de opresión y control que legitiman la dominación por parte del varón. En muchas ocasiones las prácticas patriarcales se



Alicia Puleo y François d'Eaubonne

de Copenhague sobre cambio climático, o en los acuerdos de Cancún) que se suceden sin cesar. Así, por ejemplo, el discurso "negacionista", el que duda de que se esté produciendo un calentamiento global en el planeta, está siendo sustituido por el discurso de la "adaptación": es necesario adaptarse al cambio climático —que antes negaban— y esta circunstancia permitirá hacer negocio, vendiendo a los países pobres los medios tecnológicos para hacer frente a las catástrofes venideras. Por otra parte, las empresas transnacionales biotecnológicas están colonizando el mundo y

imponen como consecuencia de leyes opresoras y normas consuetudinarias (como ocurre, por ejemplo, en el caso de la escisión e infibulación genitales); en otras, como fruto del "consentimiento", aceptando aquello que resulta funcional al sistema patriarcal (como, por ejemplo, la generalización de las operaciones de cirugía estética antes de que el cuerpo de la mujer termine de desarrollarse).

El primer ecofeminismo dio sus pasos iniciales en el mundo anglosajón, con una propuesta que desentonaba con el feminismo radical dominante del

8. Op. cit. p.30.

9. "La Red Medioambiental de Mujeres, con sede en Londres, ha llamado la atención sobre la pasividad institucional ante el alarmante aumento del cáncer de mama en los últimos cincuenta años debido, principalmente, a la contaminación medioambiental con xenoestrógenos, sustancias químicamente similares al estrógeno femenino natural que se encuentran en los pesticidas organoclorados, las dioxinas de las incineradoras, las resinas sintéticas, las pinturas, los productos de limpieza, los envoltorios de plástico y otros objetos de uso cotidiano", escribe Alicia Puleo (op. cit. p.13).

10. También nos recuerda Alicia Puleo que son muchas las mujeres que luchan en Latinoamérica por lograr unas condiciones dignas de trabajo en un medio ambiente no tóxico: "Destacan en el movimiento de Soberanía Alimentaria y participan de los nuevos movimientos indígenas que buscan preservar sus tierras ancestrales escandalosamente destruidas por la minería, la deforestación masiva, la contaminación con agrotóxicos y los megaproyectos comerciales" (op. cit. pp. 19-20).

momento, de corte “ginocéntrico” y obsesionado por la “igualdad”: se trataba de revalorizar la experiencia de la maternidad (aparentemente, en sintonía con el discurso patriarcal que identificaba lo femenino con la Naturaleza). La jerarquización tradicional quedó invertida, al subrayar la superioridad de los valores femeninos, naturales, frente al carácter destructivo de la civilización, personificada en los estereotipos viriles del guerrero y el cazador¹¹. La idea de la mujer nutricia y el tono espiritualista aparecen en el pensamiento de Susan Griffin, de Rosemary Radford Ruether, de Charlene Spretnak o de Mary Daly, llegando al extremo de la proliferación de cultos neopaganos que tienen como divinidad a la Madre Tierra, diosa de la fertilidad y portadora de energía vital.

Por su parte, el ecofeminismo contemporáneo reclama para sí la consideración de pensamiento “crítico”, más allá de respuestas emotivas y sensibleras, que, como afirma Alicia Puleo, “reivindique la igualdad, contribuya a la autonomía de las mujeres, acepte con suma precaución los beneficios de la ciencia y la técnica, fomente la universalización de los valores de la ética del cuidado hacia los humanos, los animales y el resto de la Naturaleza, aprenda de la interculturalidad y afirme la unidad y continuidad de la Naturaleza desde el conocimiento evolucionista y el sentimiento de compasión”¹². Nos encontramos, filosóficamente, con un antropocentrismo o biocentrismo moderados, capaces de tomar en consideración al resto de los seres vivos y atender las condiciones para conservación de los sistemas que sirven de base tanto a sus vidas como a las nuestras. El concepto de “Naturaleza”, al que asimila lo femenino, es una categoría política y en el discurso filosófico dominante, que se trata ahora de alterar, ha designado lo inferior y subhumano, frente a la cultura, de orden masculino. El ecofeminismo crítico afirma, en este sentido, la unidad y la continuidad de la Naturaleza desde el conocimiento que proporciona la teoría de la evolución, y el sentimiento de compasión hacia los animales no humanos y no cesa en su empeño de subrayar la igualdad y la autonomía de las mujeres, con especial mención al reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos, superando modelos inadecuados de identidad sexual, como el de “ángel del hogar” de los puritanos, o el modelo hipersexualizado que emergió tras la revolución sexual. De otro lado, esta concepción no es ni tecnofóbica ni tecnólatra, no persigue la vuelta a paraísos preindustriales, ni tampoco busca el maridaje con la sociedad occidental de consumo insostenible. Simplemente, las innovaciones deberán ser analizadas teniendo como testigos a los Derechos Humanos, la biodiversidad, el sufrimiento de los demás seres vivos y el legado para las generaciones futuras. Y no debemos olvidar que el ecofeminismo no evita el compro-

miso político ni elude el imperativo moral de la ecojusticia. Hay que denunciar abiertamente el reparto desigual de los costes y beneficios del uso económico de los recursos naturales, colaborar en la organización de movimientos de resistencia frente a la destrucción del medio natural, especialmente en el caso de las mujeres del sur dedicadas al modo de producción rural, clamando en contra de las malas concepciones del desarrollo.



Finalmente, no queremos acabar este apartado sin mencionar la principal aportación que ha hecho la Filosofía —en concreto, la Filosofía Práctica tan valorada por los griegos del período helenístico— al Ecofeminismo: la “Ética del Cuidado”, una ética de la vida buena que proyecta un horizonte deseable de paz, igualdad y sostenibilidad. El ecofeminismo crítico se plantea la universalización de las virtudes del cuidado, históricamente patrimonio de la mujer. En los años 80 del pasado siglo, algunas pensadoras se atrevieron a cuestionar la jerarquización tradicional de la Ética, que concedía la máxima atención a los valores y actitudes del ámbito público, relacionadas con la experiencia masculina, como la política, el trabajo asalariado etc., despreciando abiertamente o ignorando, en el mejor de los casos, valores y actitudes circunscritas al ámbi-

11. Se trata de un feminismo políticamente muy activo que subrayaba la condición de “la mujer como dadora de vida, como Parca tejedora del destino, la madre nutricia que se siente responsable de las generaciones futuras, la mujer incapaz de agresividad” (op.cit. p 44).

12. Op. cit. pp. 403-404.

to de lo privado y lo femenino, como el cuidado de las personas dependientes (niños y ancianos). Así, Nel Noddings defendió que sólo tenemos obligaciones morales, propiamente, con quien pueda manifestar una respuesta a nuestro cuidado atento, es decir, con quien tenemos un contacto. Sarah Ruddick, por su parte, nos anima a la "práctica maternal", fruto de un amor atento. Este pensamiento, que no exclusivo de las madres o de las mujeres, nos permite ver a nuestros hijos como realmente son, reconociendo sus límites, y no como nos gustaría que fueran en términos ideales. Aunque algunas feministas creen que estas teorías pueden reforzar los roles femeninos patriarcales de cuidadoras eternas y esforzadas, tanto Noddings como Ruddick destacan que las virtudes del cuidado puede ser transmitidas y enseñadas a los varones y entrar en sintonía con el pacifismo. Más conocidas son las contribuciones de la filósofa y psicóloga norteamericana Carol Gilligan, quien profundiza en la "Ética del cuidado". Su teoría moral se basa en los valores de la compasión y la responsabilidad por los demás, valores que muestran la madurez moral, tanto como la justicia o la autonomía, en las taxonomías del psicólogo Lawrence Kohlberg. Este último puso en marcha, en los años 50, un estudio experimental con el fin de establecer una escala de maduración del pensamiento moral, basándose en la teoría de Jean Piaget sobre el desarrollo cognitivo, llegando a la conclusión, entre otras, de que las mujeres no alcanzan los niveles de razonamiento moral adulto postconvencional, permaneciendo en un nivel convencional de expectativas, relaciones y conformidad interpersonales. Básicamente, esto quiere decir que las mujeres no hacen lo correcto, en términos kantianos, por el sentido estricto del deber, sino porque necesitan ser buenas ante ellas mismas y buscan la aprobación de los demás. Gilligan, que había sido colaboradora de Kohlberg, llegó a la conclusión de que hay dos formas de pensamiento moral complementarias, sin que una sea necesariamente mejor que la otra. Los hombres tienden a usar y concebir las normas como las reglas que hay que seguir para que el campo de acción de cada individuo sea respetado en términos de igualdad y libertad. Las mujeres parecen tener en cuenta en sus razonamientos morales la responsabilidad frente a los que dependen de ellas, atendiendo a las particularidades contextuales. En definitiva, mientras que la ética masculina se centra, casi exclusivamente, en la justicia y el derecho, la ética femenina se fija en la responsabilidad. Ilustres filósofas españolas como Amelia Valcárcel¹³ y Celia Amorós¹⁴ han señalado algunas



Herbert Marcuse

limitaciones de la propuesta de Gilligan. La primera, lanza la acusación de esencialismo y ahistoricismo: la caracterización de Gilligan pretende ser válida para todas las culturas. La segunda, por su parte, ve en la teoría de esta última un "voluntarismo valorativo" y un "reduccionismo eticista", incapaz de tomar en consideración la dimensión política ineludible del ser humano. Sea como fuere, hay que reconocer el valor de la reflexión del ecofeminismo sobre el papel fundamental de los sentimientos en el marco de la moralidad, y la ampliación de la condición de sujeto merecedor de consideración moral, al mundo de lo no humano.

FEMINISMO LÚDICO Y FILOSOFÍA PRÁCTICA

En su libro *Eros y Civilización*, Herbert Marcuse nos anuncia que el futuro es femenino. Y lo femenino, en clave freudomarxista, significa el retorno de lo reprimido. No me atrevo a lanzar las campanas al vuelo, aunque confieso que no me disgusta la idea, sobre todo, teniendo en cuenta las aberraciones a las que se ha llegado en la sociedad industrial avanzada por la vía de la masculina razón instrumental. La demonización del cuerpo, de las pasiones, de lo natural, y hasta de lo animal, y el olvido de la justicia social, tan patriarcales, no son santos de mi devoción. Pero tampoco lo son las seguidoras del feminismo "académico", propenso a sostener actitudes elitistas, puritanas y burguesas. Hay quien apuesta por un feminismo lúdico, transgresor, incorrecto, multicultural y libertario, capaz de captar la multiforme configuración del fenómeno de la vida y, en particular, de la existencia humana en un mundo diverso y ecológicamente enfermo. No parece empresa difícil la de manipular el sistema patriarcal en beneficio propio¹⁵. Podemos encon-

13. Valcárcel, Amelia, *Feminismo en el mundo global*, Madrid, Cátedra, 2008.

14. Amorós, Celia, *Tiempo de feminismo*, Madrid, Cátedra, 2008.

15. No me resisto a presentar aquí, a propósito de la manipulación citada, un texto del antropólogo norteamericano Marvin Harris, quien escribe lo que sigue en su libro *Vacas, cerdos, guerra y brujas. Los enigmas de la cultura*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, pp. 80-81: "Nuestra forma principal de adaptación biológica es la cultura, no la anatomía. No cabe esperar que los hombres dominen a las mujeres por el mero hecho de ser más altos y más fuertes, más de lo que cabe esperar que

trar modelos lúdicos en esta línea, en el dominio filosófico orientado hacia el varón, en el Marqués de Sade, Friedrich Nietzsche o Georges Bataille, entre otros.

Otro tema es el lugar de la filosofía en el conjunto del saber, como rezaba el título de una polémica de finales de los años 60 del siglo pasado, entre los reputados filósofos españoles Gustavo Bueno y Manuel Sacristán. Como afirma el filósofo cordobés Antonio Sánchez Millán¹⁶, conocido divulgador de las virtudes de la Práctica Filosófica en la malagueña comarca de la Axarquía, en su libro *Practicar la Filosofía. Los cafés filosóficos y otras prácticas socráticas*¹⁷, la filosofía no está de moda, tiene que autojustificarse constantemente, y esta condición se interpreta fácilmente como un signo de debilidad. Son innegables los valores de la filosofía, entendida como arte de vivir, como modo de vida, en la vida social del presente más inmediato, en un contexto cultural de crisis, con independencia de rumbo de la filosofía académica. Una excelente prueba de ello es la respuesta social que se ha logrado en todo el mundo, con la organización de actividades como los cafés filosóficos o los diálogos socráticos, “porque hace falta pensar juntos y coordinar nuestras necesidades, las metas y los valores que orienten nuestras acciones, sin olvidar los medios más adecuados de favorecer lo que más nos importa. La filosofía es actual porque hace falta, porque *no está de moda*”¹⁸. Y, siguiendo el rastro de la “Ética del Cuidado” a la que apela el ecofeminismo contemporáneo, podríamos resucitar el viejo *dictum* epicúreo que atribuye a la filosofía la propiedad de sanar las enfermedades del alma¹⁹. La filosofía puede ofrecer a la sociedad una *pléyade* de ejercicios para “aprender a vivir y convivir mejor”, capaces de agitar los resortes más recónditos de nuestra personalidad, de nuestra sensibilidad, de nuestra dimensión imaginativa, del mundo de los afectos y de los vuelos del entendimiento.

la especie humana sea gobernada por el ganado vacuno o los caballos, animales cuya diferencia de peso con respecto al marido corriente es treinta veces superior a la existente entre éste y su esposa. En las sociedades, el dominio sexual no depende de qué sexo alcanza un mayor tamaño o es innatamente más agresivo, sino de qué sexo controla la tecnología de la defensa y de la agresión [...] Si sólo conociera la anatomía y capacidades culturales de los hombres y de las mujeres, me inclinaría a pensar que serían las mujeres, y no los hombres, quienes controlarían la tecnología de la defensa y de la agresión y que si un sexo tuviera que subordinarse a otro, sería la hembra quien dominaría al varón. Aunque quedaría muy impresionado por el dimorfismo físico (mayor altura, peso y fuerza de los varones) en especial en relación con las armas que manejan con la mano, todavía me causaría mayor asombro algo que las hembras tienen y que los hombres no pueden conseguir, a saber, el control del nacimiento, el cuidado y la alimentación de los niños. En otras palabras, las mujeres controlan la crianza, y gracias a ello pueden modificar potencialmente cualquier estilo de vida que las amenace. Cae dentro de su poder de negligencia selectiva el producir una proporción entre los sexos que favorezca mucho más a las hembras que a los varones. También tiene el poder de sabotear la “masculinidad” de los varones, recompensando a los chicos por ser pasivos en vez de agresivos. Cabría esperar que las mujeres centraran sus esfuerzos en criar hembras solidarias y agresivas en vez de varones y, por añadidura, que los pocos supervivientes masculinos de cada generación fueran tímidos, obedientes, trabajadores y agradecidos por los favores sexuales. Predeciría que las mujeres monopolizarían la dirección de los grupos locales, serían responsables de las relaciones chamánicas con lo sobrenatural, y que Dios sería llamado ELLA. Finalmente, esperaría que la forma de matrimonio ideal y más prestigioso sería la poliandria, en la cual una sola mujer controla los servicios sexuales y económicos de varios hombres”.

16. Profesor de Filosofía en el IES “Juan de la Cierva” de Vélez-Málaga, experto en Práctica Filosófica y facilitador de cafés filosóficos (<http://palestradefilosofia.blogspot.com/>)

17. Sánchez Millán, Antonio, *Practicar la Filosofía. Los cafés filosóficos y otras prácticas socráticas*, Sevilla, Editorial Alegoría, 2013.

18. Op. cit. pp. 21-22.

19. Este es el camino que emprendió, con un gran éxito editorial, el filósofo canadiense Lou Marinoff, con títulos como *Más Platón y menos Prozac*, Madrid, Suma de Letras, 2001; *Pregúntale a Platón*, Barcelona, Ediciones B, 2006; o *El ABC de la felicidad*, Barcelona, Ediciones B, 2007.

20. El “cuidado del ser” y el valor terapéutico de la filosofía es el argumento principal de textos como “Ejercicios espirituales”, en Pierre Hadot, *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*, Madrid, Siruela, 2006, pp. 23-58, y “Tecnologías del yo”, en Michel Foucault, *Tecnologías del yo y otros textos afines*.